

do en 1921 (7), si bien el autor no lo publicó entonces en el libro por seguir el parecer de un amigo, sino muchos años después, en 1944, al incluirlo en la primera edición de *Oscura noticia* (8). He aquí el texto de ese encantador prólogo, escrito en 1919:

«Veinte años tienes» —hoy me dije—
«veinte años tienes, Dámaso».
Y los novios pasaban por la calle,
cogidos, cogiditos de la mano.
Y me puse a leer un libro viejo
y a escribir unos versos, donde canto
el amor y la dicha de ser joven
cuando hace sol y está florido el campo.
Hoy me miré al espejo, y luego dije:
«¡Alégrateme, Dámaso,
porque pronto vendrá la primavera,
y tienes veinte años!»

En este poemita, la autonominación surge en un clima de ingenuidad y de candor, muy natural en la adolescencia. Pero a partir de *Hijos de la ira* va a ser inseparable de otro rasgo estilístico, ya estudiado por Carlos Bousoño: la autoimprecación o autoimproperio (9). Así, en el poema «Monstruos», el poeta se presenta, al nombrarse a sí mismo, como el más terrible de ellos, y se aplica los más duros epítetos: ciempiés, bestia, alimaña:

No, ninguno tan horrible
como este Dámaso frenético,
como este amarillo ciempiés que hacia ti clama con todos sus tentáculos
como esta bestia inmediata enloquecidos,
transfundida en una angustia fluyente;
no, ninguno tan monstruoso
como esta alimaña que brama hacia ti...

(7) Casi al mismo tiempo, otro poeta de la generación del 27, Federico García Lorca, usaba la autonominación en uno de los poemas de su libro *Canciones*, el titulado «De otro modo», en el que leemos este verso: ¡qué raro que me llame Federico!; y poco después en el romance *Prendimiento de Antoñito el Camborio: ¡Ay Federico García / llama a la Guardia Civil!*

(8) Véase el comentario del propio Dámaso Alonso a este poema-prólogo en sus *Poemas escogidos*, Madrid, Gredos, 1969, p. 186.

Por cierto que la cita en latín que pone Dámaso Alonso al frente de estos *Poemas escogidos* —«*Ric fateor Damasus volui mea condere membra*» (De los *Epigrammata Damasiensis*)— no es, como pudiera pensar algún lector, una broma literaria, sino una cita auténtica. Pues San Dámaso, papa de origen español nacido hacia el año 304 y muerto, ya octogenario, en el 386, cultivó intensamente la autonominación en sus *Epigramas*. La cita es un ejemplo de ello, y seguramente puesta por Dámaso Alonso al frente de sus poemas para señalar un antecedente remoto suyo en el uso de la autonominación, con la coincidencia del nombre. En el artículo citado en la nota (1) cita Carlos Edmundo de Ory algunos poetas latinos que cultivaron la autonominación (Ovidio, Catulo, Propertio y otros), pero no figura entre ellos San Dámaso.

(9) Vid. CARLOS BOUSOÑO, artículo citado, p. 274 y ss.

En otro poema de *Hijos de la ira*, en cambio, el titulado «Dedicatoria final (las alas)», que cierra el libro, la autonominación presenta un rasgo que ya observamos en Unamuno: lo que hemos llamado autonominación compasiva. Si Unamuno, compadecido de sí mismo, se llamaba *pobre Miguel*, el autor de *Hijos de la ira* se llamará *pobre Dámaso*. Y así empieza, en efecto, el poema citado:

*Ah, pobre Dámaso,
tú, el más miserable, tú, el último de los seres,
tú, que con tu fealdad y con el oscuro turbión de tu desorden,
perturbas la sedeña armonía
del mundo...*

Como se ve en estos versos, la autonominación puede ir acompañada de la autocompasión y del autoimproperio.

Veamos ahora los casos de autonominación —cuatro en total— de *Hombre y Dios*. El primero que encontramos se halla en el soneto «Y yo en la Creación». El egocentrismo alonsiano, más contenido que el de Unamuno, está presente en este soneto. En el instante de la creación, el futuro Dámaso Alonso ya era una «chispita ardiente» que bullía por ser. He aquí el soneto:

*Qué soledad: Dios solo. Solamente
Dios y la Nada. En el no espacio ardía
el no tiempo. Letal monotonía:
el Dios y su vacío, frente a frente.
¡Nada, espanto, aun de Dios!
¡Ah, no!: en su mente,
rosa en botón la Creación latía.
Todo futuro ser, dentro, bullía.
(Ya Dámaso era allí chispita ardiente.)
Fue el espacio. Fluyó, sobre el espacio,
el tiempo, un terco río. Y el palacio
con flotantes antorchas se alumbró.
Siglos...
¡Mi día!: y amo, canto, pienso,
yo, de Dios, ante Dios. Destino inmenso.
El y yo: de hito en hito, Dios y yo.*

De los cuatro espléndidos sonetos sobre la libertad humana, gala del libro, hay autonominación en dos de ellos. En el soneto I el hombre —el poeta— se ve a sí mismo hombre libre, creándose, esculpiéndose, *Dámaso cual Dámaso*, pequeño agente de Dios, y prolongando el fértil sueño de ese Dios enorme. Como observa Carlos Bousoño, en este caso el nombre cumple la rara función de metáfora de sí mismo.

Pero es en el soneto III, donde la autonominación ofrece un ejemplo más extremo. El nombre Dámaso aparece citado cuatro veces, y en tres de ellas, unido a la autoimprecación:

*¿Qué has hecho tú? ¡Dámaso, bruto, bruto!
Del mundo, libertad centro te hacía.
Tiempo de Dios, en libertad crecía.
La flor, en rama, libre se iba a fruto.
¿Qué hiciste, adolescente chivo hirsuto,
luego chacal, pantera de tu hombría,
hoy mico viejo ya, tú, inarmonía
del orbe en Dios, Dámaso bruto, bruto?
¡Alas de libertad! Aire sereno
el orden eran en torno. Y yo gritaba:
«¡Libre Dámaso-Dios!»*

*Dámaso impio:
aire de Dios rasgó mi desenfreno,
que osé la libertad que Dios me daba,
látigo contra Dios alzar, ¡Dios mío!*

La autonominación sirve aquí a un propósito de arrepentimiento y autocastigo, y el autoimproperio es una especie de penitencia que el poeta mismo se impone.

Finalmente, el poema «A un río le llamaban Carlos», que cierra el libro *Hombre y Dios*—para mí, uno de los más emocionantes del volumen—(10), contiene en el último verso, «río al que llamaban Dámaso, digo, Carlos», otro ejemplo de autonominación, cuyo propósito es aquí aclarar el símbolo que sobrenada a lo largo de todo el poema: la tristeza mansa y gris del río Carlos—el Charles River, que pasa por Cambridge, en Massachusetts— es un espejo de la que llena el alma del poeta que lo contempla.

Pero todavía son más frecuentes los casos de autonominación en un libro de Dámaso Alonso que permanece aún inédito, pero del que ya ha adelantado el autor en revistas bastantes poemas. Me refiero a *Gozos de la vista* (11). En uno de sus poemas, el titulado «Descubrimiento de la maravilla» (12), el nombre de Dámaso se repite nueve veces, batiendo el *record* de la frecuencia de la autonominación dentro de un poema. Sólo que en este caso, y al contrario de lo que suele ocurrir en los demás poemas, la autonominación no va unida al auto-

(10) Véase un excelente análisis de este gran poema en FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA: *Métrica española del s. XX*, Gredos, Madrid, 1969, pp. 189-216.

(11) Quiero hacer constar aquí mi agradecimiento a Dámaso Alonso por haberme facilitado una copia completa de su libro, aún sin publicar, *Gozos de la vista*.

(12) Publicado en *Insula*, núm. 109, enero de 1955, y en *Poemas escogidos de Dámaso Alonso*, Gredos, Madrid, 1969.

improperio, sino que ejemplifica el ascenso maravilloso del YO del poeta desde la negrura y el vacío de la no creación —«el Dámaso más pozo, más larva en hondo luto...»— a una torre de luz, donde todas las maravillas son posibles—el «Dámaso-vidriera», el «fanal-Dámaso», faro y vitrina de diamantes—. Este procedimiento, que ya advirtió Carlos Bousoño, de unir, formando un nombre compuesto, el nombre de Dámaso con un sustantivo, que puede ser nombre de cosa o de animal, se va a repetir en otros casos de autonominación que encontramos en *Gozos de la vista*. Así, por ejemplo, en el poema «Visión de los monstruos» (13) aparece un «Dámaso-babosa», que no tiene, sin embargo, un sentido de autoimprecación, pues sólo expresa aquello que el poeta, Dámaso mismo —orgulloso y feliz con sus ojos humanos—, no desea ser, aunque *pudo ser*. Y en el poema *Invisible presencia* (14), muy rico en autonominaciones, encontramos otros ejemplos de aquella técnica: «Dámaso-alimaña», «Dámaso-arbolito», «Dámaso-ciudad». Y también con el nombre como segundo elemento: «hombre-Dámaso» e «incógnita-Dámaso».

Por último, y para cerrar este recorrido por las autonominaciones en la poesía de Dámaso Alonso, señalaré que en las «Poesías ocasionales» que el autor publicó en el número XXXII-XXXIII (noviembre-diciembre de 1958) de la revista *Papeles de Son Armadans*, se da algún caso de autonominación, aunque sin trascendencia: concretamente en las poesías tituladas «No quiero bailar» y «Los consejos de tío Dámaso a Luis Cristóbal».

¿Qué motivación puede hallarse en el uso intenso de la autonominación por Dámaso Alonso? Si en Cienfuegos explicábamos el fenómeno por la necesidad que siente el poeta de crear un clima de cálida amistad, que el uso de los nombres de los amigos y del suyo propio favorece; y en Unamuno por su radical egocentrismo y su afán de que su voz y que su nombre perduren en sus lectores, en su pueblo todo, en el caso de Dámaso Alonso parece resultado, como escribe Bousoño, «de ese afán que hoy se ha popularizado en la literatura por insertar toda realidad en su aquí y su ahora» (15), si no es consecuencia del personalismo español, que se muestra a veces exacerbado en individualidades culminantes del ser hispánico, entre las que se hallan Miguel de Unamuno y el autor de *Hijos de la ira*. Pero lo que pueda haber de exhibicionismo personalista en el uso, por Dámaso Alonso, de la autonominación, queda contrapesado por el

(13) Publicado en *Clavileño*, núm. 41, septiembre-octubre de 1956, y en *Poemas escogidos*.

(14) Publicado en *Papeles de Son Armadans*, núm. 1, abril de 1956.

(15) En el artículo citado en la nota 1.

empleo que hace también del autoimproperio, que, como acabamos de ver, es casi siempre inseparable, en la poesía alonsiana, de la autonominación.

LUIS ROSALES

Para terminar con este recorrido por la autonominación poética, citaré un ejemplo más reciente: el de Luis Rosales, cuyo libro *La casa encendida* ofrece hasta catorce casos de autonominación, distribuidos así o lo largo del volumen: uno en la primera parte, cinco en la segunda, dos en la tercera, cinco en la cuarta, y otra vez uno en la quinta y última. Muy lejos del tono violento y angustiado, rico en autoimproperios, de Dámaso Alonso, el uso de la autonominación en Rosales se acerca más al clima cálido, de entrañable ternura, que vimos servía de motivación a Cienfuegos para dar entrada a ese rasgo en sus poemas de amistad. Pero con una diferencia a favor de Rosales. Pues si en Cienfuegos la exagerada sensiblería amistosa llega a extremos a veces ridículos y se nos antoja forzada, en el autor de *La casa encendida* el sentimiento de la amistad brota con naturalidad y contención, sin la altisonante expresión del poeta prerromántico.

Pero más interesante es señalar qué es lo que define y caracteriza el uso de la autonominación en *La casa encendida*. A mi juicio, es la estructura misma del libro: su carácter de largo, entrecortado y dramático monólogo, que arrastra recuerdos infantiles y adolescentes, palabras, sueños miradas, diálogos, encuentros de un tiempo ido que vuelve lenta e irrestañablemente para posarse sereno en el verso. Los rasgos de estilo en un poeta no son nunca caprichosos (y si lo son, no se justifican, suenan a falso); todos ellos se explican por una necesidad estructural, temática o psicológica. Vimos cómo en Dámaso Alonso el uso de la autonominación se explicaba por el uso del autoimproperio, y al mismo tiempo éste contrapesaba lo que hay de egocentrismo exhibicionista en el fenómeno. De otro modo justifica Rosales la autonominación en *La casa encendida* y hace que su uso parezca perfectamente natural ante el lector: en todos los casos el nombre del poeta —Luis— aparece en frases dichas, no por el poeta, sino por quienes dialogan y conviven con él. Las palabras, los fragmentos de diálogos que arrastra el largo monólogo, hacen necesaria la autonominación, cuando los personajes que el poeta evoca se dirigen a él, nombrándolo. Unas veces es su amigo Juan Panero, cuya muerte está doliendo viva en el poema, quien habla al poeta («Hola, Luis,

¿cómo estás?» «Si tú supieras, Luis...»); otras, es su madre («¿Quién te cuida, Luis?»); otras, su amada («¿Te llamas Luis?»). Algunas de estas frases y preguntas se repiten y vuelven en el trémulo y conmovedor relato, como graves ritornellos que acentúan la emoción del clima evocado por el poeta. Es, pues, la necesidad de revivir emocionadamente un tiempo y un clima, de resucitar las palabras, los nombres, los sueños de aquel tiempo, lo que motiva el uso de la autonominación en *La casa encendida*, de Rosales. Autonominación que, en este caso, bien pudiéramos llamar indirecta, pues el nombre del poeta es puesto siempre en boca de otras personas que con él hablan.

Con estas páginas sobre el curioso fenómeno de la autonominación poética he querido mostrar: en primer lugar que la autonominación no es exclusiva de la poesía contemporánea, aunque sólo hasta llegar a ella el fenómeno se hace más frecuente, en mayor o menor grado (16); y después, que el uso de la autonominación tiene, en cada poeta, una motivación concreta y personal, ya sea de índole estructural, temática o psicológica.

JOSE LUIS CANO

(16) Ya señaló esa frecuencia Carlos Bousoño en su artículo citado en la nota 1. Una lista de los poetas que, a partir de 1940, usan la autonominación, aunque moderadamente, sería bastante más larga de lo que pudiera creerse.